



TRABAJADORES

lunes 25 de noviembre del 2024



| foto: Cortesía de Roberto Chile

El Fidel que conocimos

El homenaje vuelve a ser canción, verso y compromiso. Han pasado ocho años y no nos acostumbramos a la desaparición física de un ser irreplicable para quienes defienden las causas justas en cualquier rincón del planeta, donde hoy también le rinden respeto a la multiplicidad de valores que atesoró como político y humanista.

Su impronta vive. Nadie lo duda. Su ejemplo y enseñanzas son un resorte

que nos impulsa cada día. Por eso, junto a la añoranza cobra fuerza su reiterado llamado a la unidad, a no cejar en el empeño, porque las imperfecciones solo pueden ser reparadas con el concurso colectivo, única salida en el afán de construir un mundo mejor.

Trabajadores se suma a la conmemoración con testimonios de dos colegas, Premios Nacionales de Periodismo José

Martí: Roberto Chile y Julio García Luis (fallecido), quienes, en diferentes etapas, compartieron días y noches de labor con el Líder Histórico de la Revolución cubana.

Asimismo, el fotorreportaje muestra imágenes de Fidel con colectivos de trabajadores de diversos sectores, una práctica que hizo habitual en sus innumerables recorridos por todo el país.



Con la transparencia del manantial

| Yimel Díaz Malmierca y Daniel Martínez

¿ES ROBERTO Chile alguien al que la vida premió y puso a prueba? ¿Un hijo de su tiempo? ¿Un hombre a quien el destino le deparó experiencias únicas? ¿Un privilegiado?

Ante él la vida parece latir sin aspavientos ni artilugios, con sus desasosiegos y enigmas. Con la palabra más franca, a pecho descubierto, y desnudando sus ojos como una voz única, narra un puñado de experiencias que todavía respiran: sus vivencias junto a Fidel.

“Es difícil separar al profesional del ser humano, sea artista, estadista, deportista... todo se conjuga. El Fidel que está en la memoria de quienes le conocimos y convivimos con él no habita en muchos de los jóvenes que no pudieron verlo en su plenitud”, afirma Roberto Chile, mientras en el patio de su casa ultima un vaso de agua. Se reacomoda su inseparable gorra e infla las velas de algunos de sus mejores recuerdos.

“Hay personas que se olvidaron de aquel Fidel, del hombre de estampa imponente, con esa gallardía tremenda, que bajaba del podio y se iba a hablar con los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales. Entonces era jovial, humano, se conmovía ante el sufrimiento y se alegraba de la gracia de aquellos con quienes conversaba.

“El Comandante en Jefe era puro sentimiento, un hombre capaz de conmovirse hasta casi el llanto (nunca lo vi derramar una lágrima) y de reír a carcajadas como en aquel juego de béisbol entre Venezuela y Cuba, en el que él y Hugo Chávez fueron los mentores. Era un ser humano como somos todos, aunque cargara el gran peso de la historia”.

Nuestro entrevistado respira hondo: “La casualidad me llevó a conocerlo, a que apreciara mi trabajo y decidiera que lo acompañara en su labor de estadista. Cuando me tocó, asumí que mi destino era seguirlo a todas partes sin reparos y sin miedo, como dijo Máximo Gómez en su libro *Mi escolta*.”

“Confiaba en nuestra profesionalidad y en el sentido de la responsabilidad con que asumíamos el trabajo. Por disciplina y respeto entregábamos los trabajos para que los viera antes de que fueran transmitidos, pero eso no ocurría siempre. Te puedo asegurar que las veces que sucedió, nunca mandó a cambiar nada, ni siquiera quitar o agregar una palabra. La explicación no es que nosotros fuéramos infalibles, sino en que él estaba abierto a lo que contáramos, nunca inventamos nada.

“La foto ideal o ese documental que presenta a Fidel en todas sus dimensiones es una obra que tendremos que lograr entre todos. No hay una imagen que por sí sola pueda resumirlo. Quizás con mu-

chas fotografías o con muchos documentales y reportajes podamos acercarnos a lo que fue”.

Roberto, perdón, Chile como se le conoce, asevera que una de las virtudes que más admiró de Fidel, independientemente de todas las que pueda tener y de los defectos que también tuvo, es su valentía, esa fuerza moral con que le partía de frente a cualquier problema.

“Jamás lo vi delegar un asunto cardinal en otras personas. En los días más difíciles, de victoria y de reveses, estaba él (...). Cuando salía de viaje jamás esquivó a un periodista, daba entrevistas a quien se la pidiera y se enfrentaba a un salón de reporteros donde podía haber cinco, seis, siete provocadores (...). Jamás tuvo temor de defender la causa de la Revolución. Ese arrojo nos hace falta”.



| foto: Heriberto González Brito



Roberto Chile con Fidel en el parque John Lennon, en el Vedado. | foto: Cortesía de Roberto Chile

Son muchas las preguntas que flotan y absorben. La siguiente tal vez queme: ¿Era realmente el gobernante autoritario que dicen o era un hombre conciliador que escuchaba opiniones contrarias a la suya?

“De eso pueden hablar mejor los dirigentes que compartieron su espacio político, pero en lo que concierne a mi trabajo hubo momentos en que discrepé y acepté sugerencias nuestras.

“Durante una etapa del proceso revolucionario Fidel fue un solitario en la arena internacional. Llegó a participar en eventos como las Cumbres Iberoamericanas donde no había un solo aliado o simpatizante de Cuba, solo adversarios. En esas circunstancias contaba con la claridad de sus mensajes”.

Nuestro entrevistado navega en su memoria sin miedos. Incluso se atreve a “desclasificar” detalles de

una historia conocida y muy polémica. Ocurrió durante la Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo, celebrada en Monterrey, México, en marzo del 2002, cuando el entonces presidente Vicente Fox pronunció aquello de ‘comes y te vas’. “No recuerdo haberlo visto particularmente disgustado por esa razón. En general reaccionó con gran serenidad y hasta cierto sentido del humor.

“Otro momento significativo en la historia de Fidel fue la batalla por el regreso del niño Elián González, afirma entusiasmado. En ese caso, se lo jugó todo con una limpieza extraordinaria. Actuó con sabiduría, serenidad y confianza.

“Me quedaron muchas fotos y filmaciones por hacerle, apunta, pero sobre todo permanece el recuerdo de alguien que se llevó una parte de mi espiritualidad (...). No le conocí amigos de juergas ni de

fiestas y sí aquellos que le acompañaron en los períodos más difíciles de su vida (...) Hugo Chávez fue el más grande de todos, aunque también hubo otras personas por quienes sintió una afinidad intelectual y humana muy profunda, como Gabriel García Márquez y Frei Betto.

“Cuando estaba en el extranjero le gustaba regresar a Cuba. Una vez dentro no puedo identificar un espacio por el que tuviera preferencia (...). Estaba donde realmente tenía que estar, no para satisfacer su gusto personal o placer (...), viajaba por necesidad imperiosa, compromiso político o histórico”.

Si pudiera encontrarse con Fidel, ¿qué le diría?, la interrogante lo pone a pensar: “Que se ponga el traje verde olivo y regrese, lo estamos esperando”.

| Ver entrevista completa en www.trabajadores.cu





En calle 11

| Julio García Luis (Escrito en el año 1969)

COMO a las siete de la noche del pasado viernes, 5 de septiembre, fuimos a la calle 11 mandados a buscar por Mendoza. Desde el domingo veníamos trabajando con los documentos del espía, tarea encargada por Fidel, y en cuyo primer intento fracasamos por el “novelón” cuando lo que se quería era un testimonio documental con el mínimo de nuestra cosecha y el máximo de pruebas, para que la opinión nacional e internacional pudiese adoptar sus propias conclusiones sin necesidad de comprometernos nosotros en algo que por sí mismo era evidente.

¿A dónde voy por aquí? Bueno, el caso es que tornamos a la idea expresada por Fidel y reiniciamos el trabajo. Esto fue el jueves. El viernes, Mendoza fue a ver a Fidel con lo que ya habíamos hecho. Lo acompañaban Elmer y Martín de la CI. Y parece que Fidel se embulló a trabajar en el suplemento. Así recibimos la llamada y partimos Mirta y yo para casa de Celia. Llegamos con Falcón: posta a la entrada, posta en el primer descanso, en el segundo también, con los “muchachos” como los llama Celia —muchachos de seis pies y AK de culatín plegable— y constituyen una señal inequívoca: el Comandante está arriba.

Fidel no tiene elevador y la escalera es larga y estrecha. Tres pisos. Al llegar arriba, saludos a Celia; pasamos a un comedorcito y una cocinita, pisos de madera de pino cepillada, paredes también de pino rojo, sin barniz ni pintura, intencionadamente rústico y sencillo. Algunos cuadros, pero ninguno famoso, dos o tres son imitaciones del estilo de Fidelio Ponce, bastante mal logrado, por cierto, otros dos de temas campesinos: un rostro de guajirito y una muchacha. Cerámica y objetos de mármol.

Según se entra está la habitación de Fidel: también de piso y paredes de madera. Libros a montones. Una mesita con ruedas junto a la cama también con libros y papeles. Un par de botas colocadas con precisión junto a la pared, una lámpara de pie para leer. Y la cama, la cama es algo especial, es algo así como una Fowler de hospital, alta y estrecha, con un respaldo elevado de almohadones a la cabeza.

Aquí nada es en serie, todo es original. La casa es chiquita, es como un *pent-house*. En el pequeño comedor está la mesa oval de majagua levemente brillantada y con asientos de alto respaldo y fondo de cuero sin curtir. Sobre ella cuelga una lámpara redonda. Luego un pequeño televisor Hitachi, rodante. Al lado una salita con una butaca reclinable y lámpara al lado. Aquí parece que lee el Comandante. Al lado teléfono y grabadora. También por esta zona libros a granel.

Todo esto se ve tan austero... Luego pasamos rumbo a donde se encontraba Fidel. Se sale al patio y allí aparece un *floor* de básquet de tabloncillo —vamos a aclarar, más bien es un gimnasio, un aro de baloncesto, aparatos de ejercicios: pesas, dumbells, pelotas de béisbol, etcétera. Entonces se suben dos o tres escalones de piedra rústica entre el aullido de los perros y cachorros enjaulados junto al patio y se llega a la puerta de la biblioteca. Esta es un salón de estilo rústico, piso de lajas negras y paredes de tabla sin pulir, cubiertas de estantes de libros. Los hay de todo: desde bioquímica y ganadería hasta espionaje y ciencia-ficción. Muchos sobre la Segunda Guerra Mundial. Muchos sobre Marx, Lenin y la URSS. Casi la mitad de todos corresponden a ciencias aplicadas, especialmente en los temas de: genética, producción de leche, ganadería en general, caña de azúcar, fertilizantes, herbicidas, maquinaria agrícola y otros. En literatura veo a Lorca:



| foto: Estudios Revolución

Obras Completas, y algunos pocos consagrados mundiales. Nada, absolutamente nada, de nuestros “nuevos valores” literarios.

También hay un estante entero destinado a los libros del Che y a obras de la Revolución y de Fidel editadas en el extranjero. Al otro extremo del salón hay como una especie de banco corrido hecho de piedras. Sobre él globos terráqueos y de la bóveda celeste en tonos multicolores. Encima diccionarios y obras de ciencia en general. Del otro lado una chimenea de ladrillos rojos cubierta por una pesada campana de cobre puntiguda. Aquí todo es macizo. Oscuras vasijas de bronce por los rincones. Sobre el piso una piel de tigre y una piel de oso. Las butacas tienen ruedas de madera.

Al centro del salón hay una gran mesa de reuniones. Junto a ella está Fidel, pelo revuelto y barba descuidada, pantalones verde-olivo ligados abajo y camisa de pijama azul pálido. Lleva medias de lana negras, una de ellas, por cierto, con un agujero del tamaño de una peseta por la planta del pie. Fidel esgrime su bolígrafo dorado con la tradicional e inconfundible tinta roja. Este es el sitio de trabajo intelectual y de recibo, digamos oficial, del Comandante en Jefe.

Trabajamos un rato. Fidel va tocando los asuntos, lee documentos, tantea opiniones, luego concluye y escribe con letra menuda en un block. Pone una frase, vuelve luego sobre ella, tacha, vuelve a escribir, tacha por tercera vez. Al final es una araña, pero la idea queda expresada en su justo medio.

Fidel está violento con el lío del espía Humberto Carrillo Colón.* Pone algo contundente y se ríe. Enseguida se levanta y camina en plantillas de media por la habitación. Si no escribe, dicta, y entonces “le cae encima” al agitado escribiente; habla rápido, repite varias veces, perfeccionándola, la misma idea: después una pausa e interroga con los ojos al que escribe. Si no se le coloca por detrás y le pone las manos en los hombros. Y en todo el tiempo no deja de mesarse las barbas y el bigote sin recortar y en cascada. Otra cosa son las manos, enormes, y que nunca reposan. Las manos lo van expresando todo: cruzadas al pecho cuando lee o piensa,

inquietas cuando apunta una idea. Uñas amarillas y largas de fumador empedernido.

El tiempo vuela. A eso de las ocho y media de la noche, Fidel dice que lo esperen un momento “que hay un programa de televisión que le interesa” y sale. Al poco rato una orden: —Fidel, que lo dejen todo y vayan para allá. Está en el comedor, frente al aparato. Sirven unas tostadas con queso y yogurt. Esa es su comida de esta noche pues está a dieta y la dieta se generaliza para los invitados. Luego pide tabaco. El programa de TV es una presentación en “El pueblo pregunta” de nuestro equipo de béisbol que ganó el campeonato mundial amateur de Santo Domingo. Sale García Bango** gagueando a todo tren y Fidel dice: —“Esto es un relajo”. Después viene la máquina de pitchear, que suscita nuevos comentarios. Ponen documentales sobre su empleo. Fidel comenta que este es un programa muy instructivo. Se ríe cada vez que sale uno de los peloteros o se hace algún comentario sobre ellos: El los conoce personalmente a todos. Al poco rato se regresa al salón. Se sigue trabajando. El Comandante comenta, ya de tarde, que la fatiga se hace sentir con la hora y se acuerda continuar mañana. —Pongan ustedes la hora, dice. ¿Las diez? ¿Las diez y media?— Bueno, vamos a poner a las 11, ¿bien? Déjenlo todo como está en la mesa que ya esto está casi terminado. El tiene que hablar ahora con Almeida y Ramiro que parten para Hanoi a los funerales del Bac Hó.

*El 3 de septiembre de 1969 el embajador cubano en México, Joaquín Hernández de Armas, entregó a la Cancillería de su país una nota diplomática denunciando las actividades de espionaje de Humberto Juan José Carrillo Colón, consejero y agregado de prensa en la embajada mexicana en La Habana, al servicio de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, de acuerdo con un dossier desclasificado del Ministerio de Relaciones Exteriores y la contrainteligencia cubanos. La nota diplomática “fue redactada con sumo cuidado, para facilitar al de México una solución adecuada y justa al desagradable incidente, sin hacer imputación alguna de responsabilidad a dicho gobierno”, comentó el diario Granma.

**Jorge García Bango, quien fuera presidente del Instituto Nacional de Deportes (INDER).



El valor de su ejemplo

Fidel calificó a los trabajadores y al pueblo como actores fundamentales de la Revolución, la que consideró una obra no de un día, ni de un año, sino para siempre. Compartimos algunas imágenes poco conocidas de su intercambio en centros laborales de varios sectores



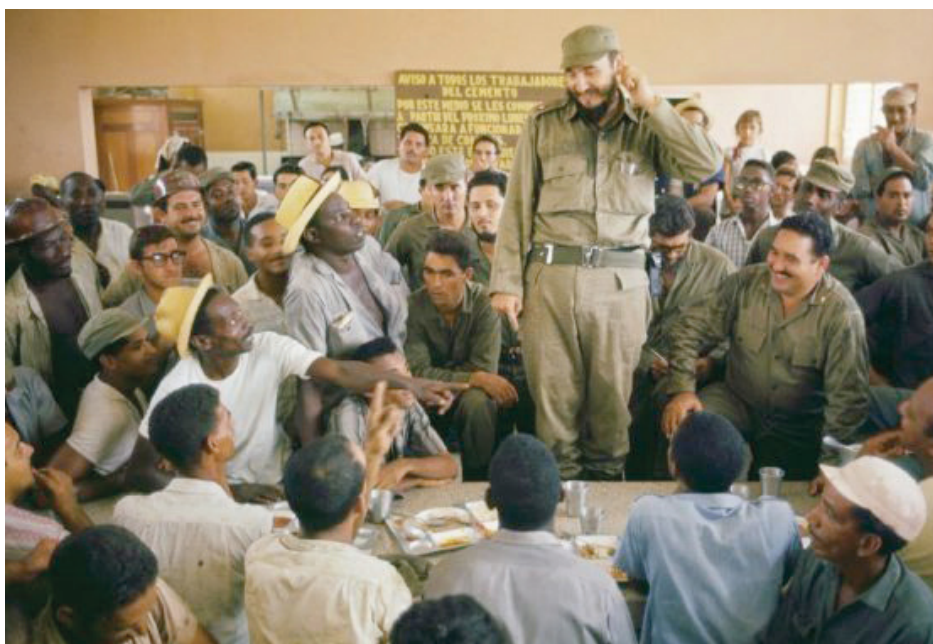
En la cosedora de sacos de azúcar del central Antonio Guiteras. | foto: Cortesía del Instituto de Historia de Cuba



Con alumnos de la escuela de la CTC, en Guanabo, en 1961. | foto: Cortesía del Instituto de Historia de Cuba



Conversa con los obreros del combinado textil Desembarco del Granma, en Santa Clara. | foto: Archivo de Trabajadores



Con trabajadores de la fábrica de cemento de Santiago de Cuba en 1964. | foto: Cortesía del Instituto de Historia de Cuba



Durante una visita al plan apícola de Herradura, Pinar del Río, el 31 de agosto de 1981. | foto: Estudios Revolución



En el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología. | foto: Periódico Escambray